

*E*l libro no era un libro. Tan sólo eran dos tapas de cartón viejo y descolorido. En su interior no había hoja alguna. Con mi única mano sana le daba vueltas y más vueltas, buscando una señal, un indicio, algo. Pero nada. Lo solté encima de la cama y me quedé mirando el techo de mi habitación de hospital.

No podía creer que aquel anciano tan amable, después de salvarme la vida, me gastara esta broma.

Mientras reflexionaba, acariciaba mecánicamente el rugoso cartón con mis dedos. Comencé a notar cierto cambio en la textura del material. Parecía más suave, y más caliente. Lo cogí de nuevo y lo observé con atención. El color azul era más vivo, y unas letras de oro que antes no vi, decían:

POR QUÉ SE MATAN LOS HOMBRES

Muy despacio, mis dedos trémulos abrieron las tapas.

Seguía sin haber hojas, sin embargo la parte interior se fue iluminando lentamente, hasta casi cegarme. De repente apareció flotando delante de mí una insólita criatura que parecía escapada de un cuento de hadas.

No era mayor que un dedo, y sus suntuosas alas de colores removían el aire con elegancia. Su diminuto cuerpecito era el de un guapo muchacho de tez morena con pelo negro y brillante.

—Hola, Jack —gorjeó como un pajarito.

A pocos centímetros de mi cara se mantenía en un vuelo estacionario perfecto. Su mirada clara e intensa parecía escudriñar mi interior.

Bajo los efectos de la sorpresa fui incapaz de pronunciar palabra alguna. Entonces se puso a revolotear por la habitación como una libélula, curioseando de aquí para allá.

Transcurridos unos minutos, los suficientes para que me tranquilizara, se volvió a colocar delante de mí. Me miraba con una gran sonrisa en la boca.

—¿Quién eres? —le pregunté.

—Me llamo Kiti —anunció con su voz de flautín—, y aquí estoy para contestar a tu pregunta.

—¿Qué eres, un silfo o algo así —seguí interrogando?

—Soy un numi. Vengo del planeta Num.

—Nunca he oído hablar de ese planeta.

—No me extraña. Ni el más potente de vuestros telescopios podría localizarlo. El planeta Num se encuentra en el mundo de la imaginación.

—Entonces, no existes —le dije, paradójicamente, a ese pequeño ser que tenía delante de mí.

—No te dejes engañar por la palabra “imaginación” —advirtió el diminuto numi—; mi mundo puede ser más real que el tuyo.

Debí poner una cara extraña, porque añadió:

—Ya lo comprenderás más adelante.

Y acercándose un poco más:

—Bueno, Jack, le hiciste una pregunta al viejo Cheng, ¿quieres saber la respuesta?

—Claro que quiero, Kiti.

—Muy bien... Pero no esperes que te conteste dándote una simple explicación, como estáis acostumbrados a hacer aquí en la Tierra. Si no comprendéis algo, al instante os inventáis un concepto mental para rellenar esa laguna, como un parche. Pero ese concepto nunca será la realidad. El verdadero conocimiento surge de la comprensión que da la experiencia. Ninguna persona, ni ningún libro, te la pueden dar.

“Aunque no te lo creas, Jack, vivís todos dentro de un mar de conceptos, o dicho de otra manera, dentro de un mundo ilusorio. Pero lo más triste no es eso, lo más triste es que estáis convencidos de que lo sabéis todo”.

Tan larga parrafada me dejó mareado y sin querer dejé

de sostener el libro, que cayó cerrado sobre la cama. El diminuto ser desapareció al instante.

Lo cogí con cierto nerviosismo y lo volví a abrir. El proceso anterior se repitió: se avivó el color, se iluminó el interior y apareció el numi.

—Jack, procura manipular el libro con más cuidado —rezongó Kiti irónicamente—; un cambio de dimensión tan repentino no es muy agradable.

—Lo siento.

—Bueno, Jack —prosiguió el numi acercándose a mi oído—, como te estaba diciendo, tendrás que averiguar por ti mismo la respuesta a tu pregunta. Yo me limitaré a contarte una historia. Una historia real que sucedió en mi planeta. Una historia muy similar a la que habéis vivido vosotros, los humanos, y seguís todavía viviendo.

—Perdóname, Kiti —le interrumpí—, pero antes has dicho que la experiencia da la comprensión. ¿Cómo voy a comprender algo a partir de un simple relato tuyo?

—El término “relato” no significa lo mismo en vuestro planeta que en el mío, espera un poco y lo comprenderás.

Se acercó un poco más a mi oído y empezó a hablar con una vocecita pausada que me iba encandilando poco a poco:

—Los árboles no dejan ver el bosque, Jack. Por eso vosotros, que estáis llenos de problemas, no podéis apreciar la verdadera situación en que os encontráis. ¿Cómo ver algo que es evidente y sin embargo no podéis ver?: cam-

biando el punto de vista. Y eso es precisamente lo que voy a hacer, contándote la historia de los numis.

